

A woman with a blue headband and a white polo shirt is smiling and looking to her right. She is standing in front of a scenic view of a coastal town with colorful buildings and a bridge over a blue body of water. The entire scene is framed by a border of lemons and white flowers at the top and sides, and pink bougainvillea flowers at the bottom.

Serena Giuliano

UN RAYO DE SOL

SERENA GIULIANO

UN RAYO DE SOL

Traducción de Albert Fuentes

 Planeta

Título original: *Un coup de soleil*

© Éditions Robert Laffont, S.A.S, Paris, 2023

© por la traducción, Albert Fuentes, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28982-1

Depósito legal: B. 8.419-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



LUNES

Doctor Di Martino

Corso Giuseppe Garibaldi, Salerno

Son las ocho y media de la mañana. Llego puntualmente. Como todos los días.

No soporto llegar tarde, no soporto a la gente que llega tarde, me parece una falta de respeto. Desde que eran muy pequeños, enseñé a los gemelos a tener en cuenta un margen de seguridad cuando debes acudir a una cita, o incluso ir a la escuela. Nunca se sabe qué puede pasar de camino y es preferible tener que esperar diez minutos a hacer esperar a los demás.

El doctor ha debido de marcharse hace un momento, porque hay un cigarrillo encendido en el cenicero. El salón apeseta a cerrado y a tabaco frío. Abro los postigos para dejar entrar el aire fresco de la mañana y un poco de luz. Este hombre vive a oscuras, ¡no me extraña que se le mueran todas las plantas!

Me gusta empezar la semana de trabajo con este apartamento. Cuido del interior de este señor que, a su vez, cuida del interior de otras personas. El señor Di Martino es cardiólogo.

Por otra parte, como cura corazones, quizá debería pedirle que le eche un vistazo al mío...

Pongo una lavadora con la ropa sucia de la semana. Luego pondré otra para las sábanas.

Me quedo aquí cuatro horas, tiempo suficiente para adecentar estos noventa metros cuadrados.

Siempre empiezo por la cocina, que utiliza muy poco. Luego, los cuartos de baño, el estudio, el dormitorio y, por último, el salón.

Hace dos años que trabajo en casa del doctor Di Martino. Su mujer acababa de morir y él no tenía fuerzas para ocuparse de la casa, de su consulta y de su dolor. He coincidido muy pocas veces con él. Enseguida me entregó un juego de llaves y su confianza.

Me esfuerzo en dejar mi móvil en el bolso. Si lo dejo más cerca de mí, compruebo cada dos minutos si Marco me ha enviado algún mensaje y, cada vez que confirmo que no he recibido nada, es como si me dieran una puñalada en la barriga.

El otro día incluso me puse una cuenta atrás de una hora. Me negué el derecho a consultar la pantalla hasta que sonara la alarma.

Pensé que iba a palmarla de impaciencia, y el chasco fue tremendo cuando vi que solo me había perdido una notificación de Facebook que me avisaba del cumpleaños de mi prima.

Lo he probado todo durante estos quince últimos días para desengancharme de este hombre. Por ahora no me ha funcionado nada. Y tengo la impresión de que nunca saldré de este estado de dolor.

Mientras paso la aspiradora por los cojines del sofá, encuentro un pendiente; parece que el doctor ha tenido visita. Lo dejo con cuidado sobre el tocador de su habitación. Me alegro por él si ha encontrado pareja, alguien que cuide de su corazón.

Son las once cuando me concedo un descanso. Un cafecito en el balcón, impuesto por mi patrón de los lunes por la mañana. Cada vez que salgo de este apartamento, envío un mensaje de texto al doctor Di Martino con un resumen de la mañana. Y cada semana él me responde de la misma manera:

Gracias, Éléonore. ¡Espero que se haya tomado un cafecito!

Sería una ofensa por mi parte no concederme estos cinco minutos.

Desde el tercer piso tengo vistas sobre toda la calle. Dos señoras hablan abajo. Dan voces; son italianas, cómo no. Podría parecer que se pelean, pero llevo viviendo en este país el tiempo suficiente para saber que es una conversación de lo más banal.

Me he terminado el café. Claudico antes de volver adentro. Procedo a mi ronda habitual: entro en el Facebook, el Instagram, el Snapchat e incluso el LinkedIn de mi ex...

Nada nuevo.

Debo confesar que esta misma ronda ya la he hecho a las seis de la mañana, también de madrugada y, por supuesto, antes de acostarme anoche.

Me da un poco de vergüenza, porque casi siempre lo espío desde cuentas falsas.

Soy libra, ascendente psicópata.

Pero necesito mi dosis diaria de él. Es mi droga y yo soy una yonqui. Estoy totalmente enganchada a un tío del que, hace tan solo un año, no quería saber nada.

Enamorarse es peor que enfermar.

Lo primero que me ha sorprendido es la tranquilidad.

*Me he quedado quieta unos minutos, preguntándome
qué ruidos faltaban.*

He tardado un poco en entenderlo.

Los coches.

Aquí no hay coches.

MARTES

Señora Rizzo

Via Spinosa, Salerno

—Aún estoy en la cama, cielo. ¿Vienes a verme?

—¡Voy enseguida!

Me la encuentro sentada, con la espalda encajada entre almohadas, ataviada con un camisón blanco bordado y una sonrisa desdentada. La *signora* aguarda el martes por la mañana con la misma ilusión que un niño la Navidad y, para ella, el viejo de la barba blanca soy yo.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, ahora que has llegado.

—Yo me ocupo de la colada mientras se hace el café. Quédese un ratito más en la cama. Luego la ayudaré a levantarse.

La *signora* es mi clienta más veterana. Me da su visto bueno y me encamino al lavadero. Tiene la costumbre de poner una lavadora la víspera de mi visita. Saco sus siete batas del tambor —una por cada día de la semana— y me las llevo al balcón de la cocina para cumplir con mi tarea favorita: tender la ropa.

Tengo un ritual muy preciso para hacerlo: de la ropa más corta a la más larga, y tiendo como se lee, de izquierda a derecha. En la medida de lo posible, y cuando las pinzas lo permiten, intento combinar sus colores con los tejidos que deben sostener para que el resultado final quede más armonioso. Y dejo que el viento y el sol hagan su trabajo.

Cumplida la misión, contemplo la obra y, sobre todo, respiro a pleno pulmón. El aroma de detergente es mi preferido, al mismo nivel que el olor de mis hijos (bueno, el que hacían cuando eran pequeños, porque diría que, llegada la adolescencia, la cosa se echa a perder).

La cafetera empieza a silbar. Preparo el platito de plata, el azucarero y las dos tazas y lo dispongo todo sobre la mesilla de centro.

—Geraldina, ¿está preparada? ¿Nos levantamos?

—¡Preparada!

Aunque ayudar a las personas no forma parte de mis responsabilidades, con esta vieja dama hago una excepción. Una enfermera la visita a domicilio todas las mañanas para lavarla, salvo los martes. Los martes, la *signora* desea que sea yo, «Elé», como ella me llama, pronunciando mi nombre a la italiana.

—Es más agradable contigo —me dice.

Entonces, la pongo de pie sobre sus dos piernas un poco temblorosas, la ayudo a vestirse, a ponerse las joyas y la dentadura postiza, le cepillo la larga melena blanca y le hago una trenza que enrolló en un moño bajo. Luego, nos tomamos el café a sorbitos y hacemos lo que más le gusta a Geraldina: contarnos nuestras vidas.

Bueno... Más bien le cuento yo la mía, sobre todo. Que

es un poco más animada que la de una mujer recluida con noventa y dos primaveras a sus espaldas.

—Dime. ¿Alguna novedad?

La pregunta le quemaba en los labios, lo he visto cuando he llegado. Los ojos le brillan de impaciencia y esperanza.

Geraldina es la única clienta a la que le hablo de mi vida íntima, y está al corriente de toda mi historia con Marco. Lo que espera los martes quizá no sea tanto verme cuanto deleitarse con un nuevo episodio de su serie favorita, a saber: mi vida amorosa.

Muevo la cabeza en gesto negativo.

—Nada.

—Ay, el muy cochino. ¿Y sigues espíándolo?

—Pero, Geraldina, no es eso, no lo espío... Bueno, solo un poco.

Ella se ríe, pero enseguida pone un gesto contrariado.

—¡Hay que ser idiota, la verdad! ¿No se da cuenta de lo que se pierde? Un bombón como tú... Me saca de quicio, ¡me saca de quicio! Aunque también hay que recordar que fuiste tú quien lo dejó, cielo.

Yo lo dejé, sí. Muy a mi pesar. Porque nuestra relación y lo que él me daba no me bastaban.

Aunque ya sabía en qué me embarcaba desde el primer día. Todo estuvo claro en todo momento y cometí la estupidez de pensar que podría adaptarme. ¿Cómo pude ser tan ingenua?

Debería haber salido por patas el día en que empecé a sonreír como una boba cada vez que recibía un simple mensaje suyo. Es un síntoma que no engaña y, en general, ya es demasiado tarde cuando aparece.

Y además, si soy totalmente sincera, debo confesar que lo dejé con la esperanza de que él no me dejara marchar, que me dijera que me amaba más que a nada en el mundo y que no podía vivir sin mí, que sin mi amor caería en el vacío y la vida perdería todo el sentido. (¡Sí, nada menos que eso!)

Pero fue una mala, malísima, decisión estratégica, porque por toda respuesta me dijo un «Vale, Éléonore, lo entiendo» que sigo sin entender en absoluto...